

la temeridad? Las esperanzas dudosas han de hacer á los hombres atrevidos, pero no temerarios." Responder queria el arraez, pero no pudo el general por entonces oír la respuesta, por acudir á recibir al virey, que ya entraba en la galera, con el cual entraron algunos de sus criados y algunas personas del pueblo. "¡Buena ha estado la caza, señor general! dijo el virey.—Y tan buena, respondió el general, cual la verá vuestra excelencia agora colgada desta entena.—¡Cómo así! replicó el virey.—Porque me han muerto, respondió el general, contra toda ley y contra toda razon y usanza de guerra, dos soldados de los mejores que en estas galeras venian, y yo he jurado de ahorcar á cuantos he cautivado, principalmente á este mozo, que es el arraez del bergantín:" y enseñóle al que ya tenia atadas las manos, y echado el cordel á la garganta, esperando la muerte. Miróle el virey, y, viéndole tan hermoso y tan gallardo y tan humilde, dándole en aquel instante una carta de recomendación su hermosura, le vino deseo de excusar su muerte, y así le preguntó: "Dime, arraez: ¿eres turco de nacion, ó moro, ó renegado?" Á lo cual, el mozo respondió, en lengua asimismo castellana: "Ni soy turco de nacion, ni moro, ni renegado.—Pues ¿qué eres? replicó el virey.—Mujer cristiana, respondió el mancebo.—¡Mujer, y cristiana, y en tal traje, y en tales pasos! mas es cosa para admirarla que para creerla.—Suspended, dijo el mozo, ¡oh señores! la ejecucion de mi muerte, que no se perderá mucho en que se dilate vuestra venganza en tanto que yo os cuente mi vida." ¿Quién fuera el de corazon tan duro que, con estas razones, no se ablandara, ó, á lo menos, hasta oír las que el triste y lastimado mancebo decir queria? El general le dijo, que dijese lo que quisiese, pero que no esperase alcanzar perdon de su conocida culpa. Con esta licencia, el mozo comenzó á decir desta manera: "De aquella nacion, mas desdichada que prudente, sobre quien ha llovido estos dias un mar de desgracias, nací yo, de moriscos padres engendrada. En la corriente de su desventura fui yo, por dos tios míos, llevada á Berbería, sin que me aprovechase decir que era cristiana, como en efecto lo soy, y no de las fingidas ni aparentes, sino de las verdaderas y católicas. No me valió, con los que tenían á cargo nuestro miserable destierro, decir esta verdad, ni mis tios quisieron creerla; antes la tuvieron por mentira y por invencion para quedarme en la tierra donde habia nacido; y así, por fuerza mas que por grado, me trujeron consigo. Tuve una madre cristiana, y un padre discreto y cristiano ni mas ni menos: mamé la fe católica en la leche; criéme con buenas costumbres: ni en la lengua, ni en ellas, jamás, á mi parecer, dí señales de ser morisca. Al par y al paso destas virtudes, que yo creo que lo son, creció mi hermosura, si es que tengo alguna; y, aunque mi recato y mi encerramiento fué mucho, no debió de ser tanto que no tuviese lugar de verme un mancebo caballero, llamado Don Gaspar Gregorio, hijo mayorazgo de un caballero que, junto á nuestro lugar, otro suyo tiene. Cómo me vió, cómo nos hablamos, cómo se vió perdido por mí, y cómo yo no muy ganada por él, seria largo de contar, y mas, en tiempo que estoy temiendo que, entre la

lengua y la garganta, se ha de atravesar el riguroso cordel que me amenaza; y así, solo diré cómo en nuestro destierro quiso acompañarme Don Gregorio. Mezclóse con los moriscos que de otros lugares salieron, porque sabia muy bien la lengua, y en el viaje se hizo amigo de dos tios míos, que consigo me traian; porque mi padre, prudente y prevenido, así como oyó el primer bando de nuestro destierro, se salió del lugar, y se fué á buscar alguno, en los reinos extraños, que nos acogiese. Dejó encerradas y enterradas, en una parte de quien yo sola tengo noticia, muchas perlas y piedras de gran valor, con algunos dineros en cruzados y doblones de oro. Mandóme que no tocara al tesoro que dejaba, en ninguna manera, si acaso, antes que él volviese, nos desterraban. Hícelo así, y con mis tios, como tengo dicho, y otros parientes y allegados, pasamos á Berbería; y, el lugar donde hicimos asiento, fué en Argel, como si le hiciéramos en el mismo infierno. Tuvo noticia el rey de mi hermosura, y la fama se la dió de mis riquezas, que en parte fué ventura mia. Llamóme ante sí; preguntóme de qué parte de España era, y qué dineros y qué joyas traia. Díjele el lugar, y que las joyas y dineros quedaban en él enterrados; pero que con facilidad se podrian cobrar, si yo misma volviese por ellos. Todo esto le dije, temerosa de que no le cegase mi hermosura, sino su codicia. Estando conmigo en estas pláticas, le llegaron á decir cómo venia conmigo uno de los mas gallardos y hermosos mancebos que se podia imaginar. Luego entendí que lo decian por Don Gaspar Gregorio, cuya belleza se deja atrás las mayores que encarecerse pueden. Turbéme, considerando el peligro que Don Gregorio corria, porque, entre aquellos bárbaros turcos, en mas se tiene y estima un muchacho ó mancebo hermoso, que una mujer, por bellísima que sea. Mandó luego el rey que se le trujesen allí delante para verle, y preguntóme si era verdad lo que de aquel mozo le decian. Entonces yo, casi como prevenida del cielo, le dije que sí era; pero que le hacia saber que no era varon, sino mujer como yo, y que le suplicaba me la dejase ir á vestir en su natural traje, para que, de todo en todo, mostrase su belleza, y con menos empacho pareciese ante su presencia. Díjome, que fuese en buena hora, y que otro día hablaríamos en el modo que se podia tener para que yo volviese á España á sacar el escondido tesoro. Hablé con Don Gaspar; contéle el peligro que corria el mostrar ser hombre; vestile de mora, y aquella misma tarde le truje á la presencia del rey, el cual, en viéndole, quedó admirado, y hizo designio de guardarla para hacer presente della al gran señor; y, por huir del peligro que en el serrallo de sus mujeres podia tener y temer de sí mismo, la mandó poner en casa de unas principales moras, que la guardasen y la sirviesen, adonde le llevaron luego. Lo que los dos sentimos (que no puedo negar que le quiero), se deje á la consideracion de los que se apartan si bien se quieren. Dió luego traza el rey de que yo volviese á España en este bergantín, y que me acompañasen dos turcos de nacion, que fueron los que mataron vuestros soldados. Vino tambien conmigo este renegado español (señalando al que habia

hablado primero), del cual sé yo bien que es cristiano encubierto, y que viene con mas deseo de quedarse en España, que de volver á Berbería: la demás chusma del bergantín, son moros y turcos, que no sirven de mas que de bogar al remo. Los dos turcos, codiciosos é insolentes, sin guardar el orden que traíamos de que á mi y á este renegado, en la primer parte de España, en hábito de cristianos, de que venimos proveidos, nos echasen en tierra, primero quisieron barrer esta costa, y hacer alguna presa si pudiesen, temiendo que, si primero nos echaban en tierra, por algun accidente que á los dos nos sucediese, podríamos descubrir que quedaba el bergantín en la mar; y, si acaso hubiese galeras por esta costa, los tomasen. Anoche descubrimos esta playa; y, sin tener noticia destas cuatro galeras, fuimos descubiertos, y nos ha sucedido lo que habeis visto. En resolucion, Don Gregorio queda en hábito de mujer, entre mujeres, con manifiesto peligro de perderse, y yo me veo atadas las manos, esperando, ó, por mejor decir, temiendo perder la vida, que ya me cansa. Este es, señores, el fin de mi lamentable historia, tan verdadera como desdichada: lo que os ruego es, que me dejeis morir como cristiana, pues, como ya he dicho, en ninguna cosa he sido culpante de la culpa en que los de mi nacion han caído:" y luego calló, preñados los ojos de tiernas lágrimas, á quien acompañaron muchas de los que presentes estaban. El virey, tierno y compasivo, sin hablarle palabra se llegó á ella, y le quitó con sus manos el cordel que las hermosas de la mora ligaba. En tanto, pues, que la morisca cristiana su peregrina historia trataba, tuvo clavados los ojos en ella un anciano peregrino que entró en la galera cuando entró el virey; y, apenas dió fin á su plática la morisca, cuando él se arrojó á sus piés, y, abrazado dellos, con interrumpidas palabras de mil sollozos y suspiros, le dijo: "¡Oh, Ana Félix, desdichada hija mia! yo soy tu padre Ricote, que volvía á buscarte, por no poder vivir sin tí, que eres mi alma." Á cuyas palabras abrió los ojos Sancho, y alzó la cabeza, que inclinada tenia pensando en la desgracia de su paseo; y, mirando al peregrino, conoció ser el mismo Ricote que topó el dia que salió de su gobierno, y confirmóse que aquella era su hija, la cual, ya desatada, abrazó á su padre, mezclando sus lágrimas con las suyas; el cual dijo al general y al virey: "Esta, señores, es mi hija, mas desdichada en sus sucesos que en su nombre. Ana Félix se llama, con el sobrenombre de *Ricote*, famosa, tanto por su hermosura como por mi riqueza: yo salí de mi patria, á buscar en reinos extraños quién nos albergase y recogiese; y, habiéndolo hallado en Alemania, volví en este hábito de peregrino, en compañía de otros alemanes, á buscar mi hija, y á desenterrar muchas riquezas que dejé escondidas. No hallé á mi hija; hallé el tesoro, que conmigo traigo; y ahora, por el extraño rodeo que habeis visto, he hallado el tesoro que mas me enriquece, que es á mi querida hija: si nuestra poca culpa, y sus lágrimas y las mias, por la integridad de vuestra justicia pueden abrir puertas á la misericordia, usadla con nosotros, que jamás tuvimos pensamiento de ofenderos, ni convenimos en ningun

modo con la intencion de los nuestros, que justamente han sido desterrados." Entonces, dijo Sancho: "Bien conozco á Ricote, y sé que es verdad lo que dice en cuanto á ser Ana Félix su hija; que, en esotras zarandajas de ir y venir, tener buena ó mala intencion, no me entremeto." Admirados del extraño caso todos los presentes, el general dijo: "Una por una, vuestras lágrimas no me dejarán cumplir mi juramento: vivid, hermosa Ana Félix, los años de vida que os tiene determinados el cielo, y lleven la pena de su culpa los insolentes y atrevidos que la cometieron:" y mandó luego ahorcar de la entena á los dos turcos que á sus dos soldados habian muerto; pero el virey le pidió encarecidamente no los ahorcase, pues mas locura que valentía habia sido la suya. Hizo el general lo que el virey le pedia, porque no se ejecutan bien las venganzas á sangre helada: procuraron luego dar traza de sacar á Don Gaspar Gregorio del peligro en que quedaba; ofreció Ricote, para ello, mas de dos mil ducados que en perlas y en joyas tenia; diéronse muchos medios; pero ninguno fué tal como el que dió el renegado español que se ha dicho, el cual se ofreció de volver á Argel, en algun barco pequeño de hasta seis bancos, armado de remeros cristianos, porque él sabia dónde, cómo y cuándo podia y debia desembarcar, y asimismo no ignoraba la casa dónde Don Gaspar quedaba: dudaron el general y el virey el fiarse del renegado, ni confiar dél los cristianos que habian de bogar el remo; fióle Ana Félix, y Ricote su padre dijo, que salia á dar el rescate de los cristianos si acaso se perdiesen. Firmados, pues, en este parecer, se desembarcó el virey, y Don Antonio Moreno se llevó consigo á la morisca y á su padre, encargándole el virey que los regalase y acariciase cuanto le fuese posible; que, de su parte, le ofrecia lo que en su casa hubiese para su regalo: ¡tanta fué la benevolencia y caridad que la hermosura de Ana Félix infundió en su pecho!